

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

GERONA.

DETALLES HISTÓRICOS.

Ojeada general sobre la historia civil de Gerona desde los primeros tiempos, hasta la invasion de los pueblos del Norte.

[Continuacion.] (1)

La España, sin embargo, no pudo avenirse por mucho tiempo con la tiranía del yugo romano, y sobre el año 195 antes de J. C. volvió á levantar el estandarte de su independencia con mayores bríos que nunca.

Entonces vino el austero Catón á sojuzgarla, señalando su arribo con la toma de Rosas y con la inmediata formalización del sitio de la ciudad de Ampurias, de la cual se apoderó, después de haber sorprendido y derrotado á un poderoso ejército celtíbero, fuerte de cuarenta mil hombres, que venía contra él. Es dudoso el punto donde se dió esta batalla, pues unos quieren que sea cerca de la misma ciudad de Ampurias, mientras otros pretenden que haya sido por las in-

mediaciones de Lérida. Sin que intentemos que prevalezca la autoridad de nuestro juicio, nosotros nos inclinamos á la primera de estas dos opiniones, fundándonos para ello en que nos parece que no podía tener lugar esta batalla en un punto tan distante de Ampurias como lo era la capital de los Ilergetes; mayormente, cuando una de las causas principales de la victoria, se hace consistir en la estrategia de haber Catón sorprendido al enemigo con un golpe inesperado, cual fué, el de que hallándose al anochecer frente los muros de la ciudad sitiada, amaneció el día siguiente á espaldas del ejército español; operación que para ir á Lérida no podía de ningún modo practicarse en el corto espacio de una noche, aunque esta fuese de las más largas del año. Mas racional parece que sería el haber supuesto la acción de este famoso hecho de armas en la llanura de los campos de Gerona, si es que no se quiere en los del Ampurdan; y en verdad, que tal vez no esté distante el día, en que podamos dar alguna luz sobre este acontecimiento, como no salgan fallidos nuestros cálculos sobre las investigaciones y trabajos que estamos haciendo.

De todos modos, sea cual fuere su resul-

(1) Véanse los dos números anteriores.

tado, creemos que Gerona debió naturalmente de participar de las glorias y de los quebrantos de estas jornadas, y que por consecuencia la comprenderian indudablemente los efectos de la orden con que el severo Caton mandó quitar las armas á los españoles y derribar las murallas de varias ciudades de esta parte del Ebro, á fin de que de este modo fuesen ménos posibles en adelante las insurrecciones; cálculo que le salió algun tanto fallido, puesto que al cabo de poco tiempo se vió obligado á volver desde la Bética, para reprimir la sublevacion que habia vuelto á levantar cabeza apesar de tantas contrariedades distinguiéndose entre los pueblos sublevados, y que fueron nuevamente sometidos los de la comarca de Ausona.

Con tales quebrantos quedó este pais disfrutando por algun tiempo de los beneficios de la paz, si es que esta puede ser beneficiosa y apetecible, comprada á costa de la independencia y libertad de la patria, hasta que vinieron á perturbarlo las contiendas ambiciosas suscitadas por Mario y Sila en la capital del mundo civilizado.

Quinto Sertorio partidario de la faccion de Mario, vino á España huyendo del furor de Sila, y acto continuo, encargándose de la pretoría de ella, dirigió sus primeras disposiciones á organizar la defensa del pais, armando á sus naturales y fortificando los päsos del Pirineo desde el Cabo de Creus al Portús bajo la direccion y salvaguardia de Lucio Salinator; empero Cayo Anio, enviado por Sila, supo franquearse la via de estos pasos por medio del puñal de un asesino, y sus tropas, desparramadas por el Ampurdan, y avanzando victoriosas hácia lo interior de la península obligaron á Sertorio á refugiarse en las vecinas costas africanas; de las cuales no tardó en volver con mejor fortuna, de modo que en poco tiempo obligó

á su vez á los romanos á repasar el Pirinio; cuyos desfiladeros defendidos por Hirtuleyo, fueron nuevamente forzados poco tiempo despues por Metelo Pio, con quien luego vino á unirse el gran Pompeyo.

No nos detendremos en ecsaminar los trances y alternativas de estas campañas; porque sobre ser sus accidentes y su desenlace sobrado conocidos, pasaron todos ellos, segun parece, á bastante distancia de nuestro pais. Solo creemos deber consignar aquí un suceso digno de recuerdo por la relacion que indirectamente puede tener con los hijos de esta ciudad; hablamos del sublime rasgo de fidelidad que ofrecieron al mundo las *compañías ausetanas*, que componian la guardia pretorial de Sertorio, de este ilustre caudillo de la independencia española, cuyos soldados consumaron el heroico sacrificio de darse la muerte todos, cumpliendo así el juramento que habian hecho de no sobrevivir á su querido general.

(Se continuará)

J. de Ch.

LA ASCENCION DEL SEÑOR.

POESÍA RELIGIOSA.

Pasó cuarenta dias Jesucristo
aquí en la tierra antes que suba á lo alto,
y ora en pleno cenáculo le han visto,
ora en particular sin sobresalto.
Huyera el tiempo como siempre listo
y como siempre de constancia falto,
que solo habrá fijeza sin dolores
en una eternidad de resplandores.

Llegado el punto ya de la subida,
juntándolos en plácida ribera,
de pescadores la frugal comida
se dignó compartir por vez postrera.
Tres veces al final con voz sentida:
„¿me amas, Pedro?“ exclamó, cual si quisiera
borrar con tres respuestas acendradas
las otras tres á Pedro perdonadas.

Afligióle la duda al compungido
y aun la ecsalára en amorosas quejas;
—¿Me amas mas que los otros?— Te es sabido

cuanto te amo, Señor, que amor reflejas.”
—”Pedro” añadió Jesús que le ha elegido,
”si tanto me amas cuida mis ovejas.

*De mi Padre el poder á mi legado
yo á vosotros lo estiéndolo y lo traslado.”*

*”Difundid por el orbe mis doctrinas,
bautizad en mi nombre á las naciones,
enseñadles mis máximas divinas,
y el modo de cumplir vuestras lecciones.
Id sin cuento á ilustrar almas supinas
id á regenerar generaciones;*

*yo con vosotros soy eternamente,
tras la consumación de lo existente.”*

*”Será salto el que crea y bautizáreis:
condenado el que nó; por donde fuereis
lanzareis los demonios que encontrareis,
hablareis toda lengua que quisiereis.*

*No os dañará serpiente que agarrareis:
ni licor ponzoñoso que bebiereis;
y con solo tocar, sin otra ciencia,
curareis toda clase de dolencia.”*

Dice, y los aires elevado hiende
con magestad de aligero querúbe,
y aquellas manos redentoras tiende
y á los suyos bendice, en tanto sube.
Pero ¡ay, de mí! que aunque visible asciende
le esconde en breve esplendorosa nube,
y avara de envolver tanta ventura
radiando ciñe esbelta su figura.

En la anchurosa bóveda se clavan
de todos los Apóstoles los ojos,
que la ascension magnífica observaban
con desolados corazones flojos.

Y cuando ya de percibirle acaban
en puntos blancos, azulados, rojos,
llorando á mares de dolor suspiran...
y otra vez y otra al firmamento miran.

Súbite, dos varones imponentes
que en albas vestiduras se cobijan,
por qué causa, preguntan reticentes,
hinchados ojos en el cielo fijan.

”Ese, añaden, que veis, á cuantas gentes
hubo, hay y habrá mientras los siglos rijan,
vendrá un día á juzgar sobre la tierra,
día que grande el porvenir encierra!”

Gigante gozo, que animando cunde,
de rodillas postrándolos, adoran
al que en lo inmenso del espacio se hunde,
cuya ascension con avidéz exploran.
La esperanza en sus ánimos difunde
angélico decir: no mas se azoran:
los once santos su alborozo espresan,
y á la ciudad atónitos regresan.

*Con el mayor gusto damos lugar en nuestro
periódico á la siguiente composición, escrita á
la edad de doce años por la señorita Alix de*

Lacour y de Rich. *La sencillez y ternura que
respira, revelan muy claramente, á la par que
un alma sensible, un talento privilegiado: solo
un corazón infantil puede sentir y espresar tan
tiernos y delicados pensamientos.*

DESPEDIDA DEL SABOYANO.

(Traducida por M. B.)

Era una mañana de un hermoso día de
otoño; el cielo estaba puro y sereno como la
frente de los ángeles, y las aves al empre-
nder su vuelo cantaban dando al aire sus me-
lodiosos trinos. Los corderos triscaban alegres
sobre la pradera, en la que serpenteaban las
límpidas y cristalinas aguas de un pintoresco
arroyuelo. La naturaleza espirante, se os-
tentaba aun llena de magestad. Diríase que
hacia gala de todos sus encantos, como para
hacer olvidar á muchas madres que iban á
separarse de sus hijos.

Las ocho acababan de dar en el reló de la
aldea de Salsbourg, y el sonido de la campana
anunciaba á sus habitantes que iba á cele-
brarse el santo sacrificio de la misa. Los po-
bres aldeanos se dirigian á la iglesia con una
piedad digna de la fé de los patriarcas. En-
tre la muchedumbre observé á una viuda
que estaba mas triste que las demás: daba
la mano á un niño de unos 12 años; era el
mayor de sus hijos. ¡Pobre José! debía se-
pararse de su madre para ir á pais estran-
gero con objeto de ganar su sustento, y re-
coger algun dinero para su familia. ¡Qué
dolor tan cruel desgarraba el corazón de la
pobre madre! ¡Qué cortas le parecian las
horas! El momento terrible de la separacion
se adelantaba con una rapidez extraordina-
ria. La misa terminó mas pronto que lo que
ella deseaba.

Arrodillada delante de un altar dedicado
á la Virgen, ofreció su hijo José á la san-
ta patrona de los huérfanos, á la consolado-
ra de las viudas. Dirijéronse luego la madre
y el hijo á la cabaña paterna, y despues de

un frugal desayuno. el pobre niño tomó su *marmota*, repitió tristemente á su madre las canciones que esta le habia enseñado, y salieron juntos; sus hermanitos le siguieron. Las diez daban cuando emprendieron su marcha silenciosa. Esta vez el niño no cojia los frutos silvestres ni corria como tenia de costumbre en busca de algunas hermosas flores para ofrecer á su madre....

Sin embargo llegaron muy luego á la cumbre de la montaña, en la que descollaba una gran cruz de madera; al pié de la cual descansaban las cenizas del padre de José muerto el año anterior. ¡Pobre José! si aun viviese su buen padre no se veria obligado á abandonar su querida aldea, donde vió por primera vez la luz del dia.... Pero su madre no puede sustentarle mas, es preciso que se espatrie. ¡Cuántas lágrimas derramaron juntos al pié de aquella cruz! Levantóse al fin la viuda, y con voz débil y entrecortada bendijo á su hijo que partia. José la abrazó una y mil veces, besó á sus hermanos derramando abundantes lágrimas sobre cada uno de ellos, y dejó á su tierna madre, anegada en llanto; á la cruz testigo de su tierna despedida; y á su querida aldea, á la que tal vez no volveria á ver en mucho tiempo.

LA ABEJA Y LA MOSCA.

A cierta abeja un dia
Dijo una mosca:
Quiero seguir tus huellas
De rosa en rosa,
y acompañarte
en labrar de miel dulce
ricos penales;

Mas antes quiero, hermana,
que me demuestres
los secretos del arte
que tú posees....
Zumbó la abeja,
miró, y dijo á la mosca
de esta manera:

Las florecillas tienen
color y aromas:
el primero no mires,
chupa las otras,
y en el silencio
vé á labrar la miel dulce....
hé aqui el secreto.

¿Quién te dijera, amigo,
Que muchas obras
en sus formas envueltas
tienen aromas?
¿Quieres ser poeta?
Guarda lo que á la mosca
dijo la abeja.

F. de P. Franquesa.

EPISODIOS DEL MATRIMONIO.

HORAS FELICES.

(Conclusion.) (1)

El niño ha de mamar otra vez; vamos pues al avío; pero es necesario que alguien le tome el suyo á la muger, el suyo cabalmente que se halla.... como suelen hallarse los chiquillos de las gentes muy pobres y desaseadas. Confieso que se me resiste; mas no hay escape, y *velis nobis*, me toca cargar con el mochuelo. Y no es esto lo peor, sino que tengo que hacerle caricias y cantarle una cancioncilla para que no llore, y para que su madre tenga mas paciencia con el mio. Pero ¡qué tiene mi nene que gruñe y vuelve á gruñir y echa á llorar como si le matasen! Una cosa muy buena: no puede engullir todo el golpe de la leche. Sin embargo, se reconcilia con esta abundancia y al fin se queda dormido.

La muger come y comen sus chiquillos, del modo que comen las gentes de su clase, y despues de haber comido, se sale ella á praticar no sé qué diligencias, dejándonos los dos muchachos mayorcitos en casa, sin duda para nuestra diversion y recreo. Estos empiezan á saltar, á correr á dar gri-

(1) Véase el número anterior.

tos y á no dejar nada en su puesto. La casa parece que se viene á bajo , los vecinos se quejan , y mi muger se queja tambien de un grande dolor de cabeza. Y es lo peor que no hay medio de conciliacion con estos muchachos, porque si les digo buenamente que se estén quietos, entonces parece que toman por gracia el armar mas bullicio , y si les riño formalmente , echan á llorar como dos becerros. Sin embargo , quedan en calma por unos instantes y doy gracias á Dios por ello , pero á lo mejor me acuerdo de que la quietud en los muchachos suele ser precursora de alguna gran trastada , y por lo que pueda ser voy á verlos.... ¡Demonios! Pues no me han cogido de la librería un hermoso tratado de historia natural , y estan desglosándolo como si peláran un pollo , y echan sus hojas y sus preciosas láminas á volar por el balcon como si fueran aleluyas!—Por vida de.... si no fuera mirando á Dios.... os cogia por una pata y os arrojaba á la calle, trastuelos de mala ley , zopencos mal intencionados.—Pero no puedo continuar riéndolos , porque se han echado á rebuznar como dos asnos , y tras del gatuperio que me han hecho aun les tengo que dar pan y algunos juguetes para que se consuelen. ¡Y luego dirán que no tiene lances la vida de un casado !

A este tenor voy pasando la tarde y va llegando la noche, y me encuentro á la hora de los crepúsculos , solo , con mi muger en la cama , con el niño en mis brazos , con aquellos dos chicos como dos demonios sueltos corriendo por la casa , y en fin , sin tener nadie de quien poder disponer para que á lo ménos encienda la luz ; pues la criada habia salido hacía cosa de hora y media para ir á buscar una libra de azúcar á la tienda de en frente , la asistenta de mi esposa habia tenido que retirarse algo indispuesta , y la nodriza, por lo visto, no llevaba trazas de volver hasta la hora de la cena pensando sin duda que sus niños suplirian la falta que estaba haciendo ella.

Por fin serenóse el cielo , se calmó el bullo , cenaron unos , mamaron otros , se acostaron todos , y todos se durmieron. Yo tambien me acosté , pero al poco rato , á eso de las 12 , mi niño vuelve á las andadas de gruñir y llorar , y á renglon seguido se despierta tambien el otro, el cual se pone hecho un energúmeno ; y cágame aquí con toda mi gravedad y con toda mi poca paciencia, corriendo por el cuarto en calzoncillos y con un pañuelo atado á la cabeza , tan pronto tomando á un niño , tan pronto tomando al otro , y bailando , y cantando con ellos , las delicias de la felicidad conyugal. Pero ¿ qué tendrá mi niño , para llorar tanto ? ¿ Qué ha de tener ? dolor de vientre : un empacho de los mas grandes ; es claro , se atracó tanto, que no podia ménos de suceder lo que está sucediendo. Venga , pues, el famoso *cúralo-todo* de los males de los chiquillos : venga el agua de hinojo. Se le propina al niño una buena dosis de esta panacea, y el pobrecillo la toma con muchísima aficion ; con ganas bien notables de quererse curar. ¡Cuánto puede el instinto de conservacion! Con el agua , y paseándole y dándole unos golpecitos en la espalda logro hacerle dormir, pero el otro me lo despierta otra vez , y otra vez vuelta á la teta, al lloriqueo y al famoso calmante del agua de hinojo.

Y así se pasa toda la noche , y así llega la deseada luz del dia ; y así mohinos y muertos de sueño nos halla la comadrona, la cual en voz baja nos observa al envolver al niño que esta pobre criatura no llora de empacho ni de dolor de vientre, sino de otra cosa muy distinta ; de hambre!! ¡Habrá infamia mayor!!! Pero callémonos , porque contra una nodriza no hay razon. No tenemos mas remedio que echarnos un nudo á la lengua , y hacer como que estamos satisfechos : en una palabra , pagar y aguantarnos.

Y entre tanto la muger almuerza como si estuviese hambrienta: no puede ménos; está desfallecida, aniquilada por lo mucho que ha

mamado nuestro niño; es decir que tras del agravio la calumnia. ¡Puede verse mayor descaro! Esto nos obliga á echar el resto para encontrar una nodriza, y en efecto toda la mañana se pasa en un continuo entrar y salir mugeres, hasta que á eso de medio día se presenta la *corredora de las didas*, con una payesa, muger de bastante edad, á quien aquella conoce, y de cuyas buenas circunstancias puede responder, como que con su madre han ido juntas á la maestra. Por supuesto que no se olvida de la cláusula sacramental de que es un *pou de llet*, y de que ha criado siempre unas criaturas *com uns tions*, y despues de ensalzarse ella misma por los buenos servicios que ha prestado á tal casa á tal otra y á tal otra proporcionándoles buenas amas, concluye echándole un buen sermón á la *dida* para que tenga mucho cuidado con el niño, y para que se porte bien con todos, pues se halla en una casa que no la hay mejor en todo el universo. Hecha esta presentacion, y cerrado el trato, le doy 12 reales por sus *buenos oficios* á la *corredora*, la cual, al despedirse, llama á parte á la *dida*, recordándole que está en la obligacion de darle otros doce por haberle proporcionado el ingreso en *una casa tan buena*.

Ya tenemos lo que deseábamos: ya somos felices: concluyéronse las congojas; se acabaron las noches toledanas; ahora sí, que tocaremos las ventajas, los goces verdaderos de un matrimonio con hijos. Veámos, pues..., pero no lo ha de decir todo en un día.

El Novelero.

LAS PARÁBOLAS DEL DIVINO MAESTRO.

EL SAMARITANO.

Es la base angular de la doctrina de Jesus, y el precepto es el mas grande del prójimo el amor, que determina cual fija luz del que en sus sendas ande. Un doctor que sobre esto le examina sin que el soberbio corazón se ablande,

—«¿quién es (pregunta) el *prójimo* citado, á que se debe amor tan estremado?»

El Salvador, de caridad por gage, le dá en esta parábola lecciones:

—«Un hombre cierto día haciendo viage en el poder cayó de unos ladrones; quienes al cabo de uno y otro ultrage, sus despojos robados á empellones, hiriéndole sin lástima se enconan y casi muribundo le abandonan.»

«Un Sacerdote á la sazón transita, le vé, no hace alto, y sigue su camino; á poco rato ofrécese un Levita y tampoco socorre al peregrino. En ninguno de entrambos Dios habita, probando bien su proceder mezquino: *que nó por dignidades alcanzadas se tienen las virtudes acendradas.*»

«Que las grandes virtudes no se ataron á los mas elevados ministerios, Sacerdote y Levita nos probaron, que aun oyendo el clamor le esquivan serios. Pero acierta á venir por dó pasaron los que del templo guardan los misterios, un idólatra é infiel Samaritano y ved lo que hace el pródigo pagano.»

«Se baja al moribundo, le conforta, en sus heridas vierte aceite y vino, y con las vendas que piadoso corta las preserva del aire asáz dañino. Le sube en su caballo, el paso acorta, hasta el meson condúcele vecino, en él le recomienda al posadero y á fin de que le curen dá dinero.»

«No saciado con lo hecho todavía, ofrece darle mas á su regreso, ¿cuál de estos tres el *prójimo* sería de aquel herido en trágico suceso?» El doctor señaló como debia al misericordioso. —» Segun eso, (Jesus repone, que su orgullo abisma,) vé y obra tú de la manera misma.»

Sabios eran Levita y Sacerdote, bien sencillo el gentil Samaritano, ambos deploran el funesto azote sin tender á la víctima una mano. Pero el otro evitando que se agote la sangre del herido en duelo vano, los ayes calla y á las obras llega, que la sencilla caridad es ciega.

De espíritu indolente se acredita con su alta dignidad y con su ciencia lo mismo el Sacerdote que el Levita, al *prójimo* mostrando indiferencia. El que gustoso la conducta imita de aquel Samaritano de conciencia, de aquel dechado de virtud fraterna, ese obtendrá la caridad eterna.

* *

CELAGES PRIMAVERALES.

INTRODUCCION.

I.

Era al caer de una hermosa tarde de mayo.

El sol, rodeado de agrupadas nubes de filigrana y oro, iba á hundirse en el ocaso.

Las montañas lejanas habian tomado ese tinte cárdeno con que les baña el azul del espacio, mezclado con la luz rojiza de los primeros rayos crepusculares.

Un poeta las hubiese comparado á una bandada de fantasmas fugitivas, arrastrando luengos sudarios de púrpura.

El cielo cobijaba con su inmenso toldo de zafir al gran cuadro del mundo que se preparaba ya para el reposo.

El verdor de los árboles iba tomando un matiz mas oscuro.

Entre las hojas de las floridas acacias las aves lanzaban armoniosos cantos, despidiéndose del dia.

Las brisas suspiraban blandamente, y las aguas producian en su pacífica corriente suaves murmullos.

La naturaleza entera parecia entonar un himno sublime á su Criador.

Hasta la campana de una iglesia rural que hendia el aire con sus sonidos, tocando el *Angelus*, obligaba al corazon cristiano á pronunciar aquella oracion vespertina que tanto acrecienta nuestra fé.

Todo era entonces armonía, armonía que se repite todas las tardes en tan solemnes momentos.

II.

Al entrar en el aposento de Enriqueta, la ví en la ventana contemplando aquel hermoso espectáculo.

Ella no se apercibió de mi entrada, y esta circunstancia me permitió acompañarla en silencio en el profundo éxtasis de que se hallaba poseida.

De pronto creí observar que se agitaban sus lábios, como si susurraran una plegaria.

Rezaba el *Angelus*.

No pude menos de acompañarla tambien en este acto de tierna piedad.

En aquel instante, deliciosas emociones colmaron de placer mi corazon.

Un mismo sentimiento unia nuestras almas, elevándolas juntas al cielo con la llama del fervor de la oracion que pronunciábamos.

III.

Mas de un cuarto de hora estuve guardando el mismo silencio y cuasi la misma actitud.

La mirada de Enriqueta, fija siempre en el horizonte, estaba observando los distintos grupos que presentaban sus celages.

Cada vez que estos cambiaban de formas ó de matiz, á medida que el sol iba hundiéndose mas y mas en el ocaso, el rostro de la bella jóven espresaba una nueva admiracion.

Al fin no pudiendo contener los latidos de mi corazon, la llamé.

Enriqueta volvió la vista, como enojada porque la interrumpian en sus sabrosas meditaciones.

Deslumbrada por los vivos reflejos del horizonte, no pudo divisarme.

Asustada restregóse los ojos y miró mas fijamente.

Por último me reconoció.

— Ah!.. exclamó sonriendo; ¿hace mucho que estabas aquí?

— Sí, contesté; enagenado te estaba contemplando.

— En verdad que no habia reparado en tí.

— ¡Tan distraida te hallabas!...

— ¡Oh! sí.... los espectáculos de la naturaleza absorven siempre mi atencion. Todos los dias, á esta misma hora, tengo un indefinible placer en observar desde mi ventana las continuas decoraciones que sucesiva-

mente va pintando el misterioso pincel de Dios en ese lienzo infinito.

Y en el arranque de una inspiración súbita y sublime, con la mano me manifestó el horizonte, en que un caprichoso grupo de celages presentaba una batalla de gigantes, vestidos con anchas túnicas de vistosos y relucientes colores.

IV.

Habia ya cuasi anochecido del todo, cuando Enriqueta cerró la ventana.

Encendió luz y me obligó á sentarme junto á su velador.

Sacó inmediatamente de un cajon un *album* y un tintero, y con la imperiosidad de una jóven que sabe hacerse obedecer, exclamó:

— ¡Toma! es preciso que llenes este *album*.

— Pero ¿de qué?

— De prosa ó de verso; como tu quieras.

— ¿Y en cuánto tiempo?

— Durante las horas que estés aquí.

— Mas, esto es privarme de tu agradable conversacion,

— Nó, porque mientras escribas hablaremos.

— Imposible, muger: ¿sabes que hablar y escribir á un mismo tiempo no puede ser?

— Cuando hay voluntad no existen imposibles. Empieza luego.

Y tuve que doblegarme á esta nueva exigencia de Enriqueta.

Tomé la pluma y en la primera hoja del *album* escribí con letras grandes el título que encabeza este artículo.

De esta suerte, á semejanza de lo vago y ligero de los celages del horizonte, pude dar rienda suelta á mi capricho para escribir á merced de la fantasía, dando gusto á mi Enriqueta.

N. Blanch é Illa.

DOS RANAS.

A las doce de la la noche,
entre Pinto y Valdemoro,
de una taberna salian
Juana la chata y Pacórro.
Él con paso vacilante,
aire torpe, gesto torvo;
y ella puesta á medios pelos
mas habladora que un loro.
Cogidos iban del brazo
y apoyados de tal modo,
que saber era imposible
quien acompañaba al otro,
No pudo contener Paco
un ademán cariñoso,
y á costa del equilibrio
juntó al de Juana su rostro.
Esta, que en mil ocasiones
recibiéra con buen modo
las caricias de Paquito
creyó ajado su *decoro*;
y levantando la mano,
ébria de vino y enojo,
apostrofó al atrevido
con un bofeton dé á fólio.
Pacórro que se ha sentido
ultrajado en su *amor propio*,
arrojóse sobre Juana
lleno de furor y mosto;
mas quiso su mala estrella
que ambos perdiendo el aplomo
en un charco allí cercano
cayéran como dos topos.
En tan cómoda postura
se les cerraron los ojos,
y al cabo de tres minutos
dormian cual dos cachorros.
Al hallarles de mañana,
dijo un vecino piadoso:
con parroquianos como estos
se hace el tabernero de oro.
Les ayudó á levantar,
quitóles un poco el lodo,
y entraron á serenarse
en el bodegon mas próximo.

Pocapena.

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.